

EPÍLOGO

CÓMO FUNCIONA EL MUNDO

Justo Serna
Universitat de València

En los años cuarenta del siglo XIX, Karl Marx (1818-1883) comienza a escribir en la prensa alemana. Lo hace contra el liberalismo prusiano, tan feroz. Lo hace contra la censura, contra la represión. Y lo hace con vehemencia, con furia, oponiéndose a las incongruencias de ese liberalismo. Cuando empieza a publicar, Marx no es comunista: como otros, es un liberal desencantado que acaba abrazando la democracia radical y el republicanismo.

Estudia y estudiará filosofía, leyes, literatura, historia, economía política. Entre sus objetivos está abarcar la cultura con voracidad. Mira y designa. Escribe, se apropia de distintos lenguajes e inventa neologismos. Hace suyos los lenguajes de clase.

Es un joven de Tréveris muy bien dotado intelectualmente. Es un tipo prometedor, de mucho genio que tempranamente se desentiende de su padre, un judío instalado y converso. Marx es pronto un hombre muy pagado de sí mismo, volcánico, bebedor, culto. Se sabe superdotado, muy perspicaz y habilidoso. Y sabe mirar el mundo que le rodea para ver lo que éste encierra o esconde, para explicarse lo que sucede y para entender las acciones humanas. Ver no es conocer. De hecho, Marx no mira, sospecha.

Es un filósofo de la sospecha. Quiere desentrañar lo oculto, quiere ir más allá de la mera apariencia de las cosas, para lo cual somete lo real a la observación sistemática. Por debajo de lo evidente (un mundo de individuos que obran de acuerdo con sus intereses), hay una estructura, una red de relaciones que a todos vincula y hay una base material que a todos determina. Las elecciones humanas no son enteramente libres, sino causadas por la posición que esos individuos ocupan. Lo sepan o no lo sepan.

En los años cuarenta del siglo XIX, Marx aún es un joven publicista, un académico que interviene en la esfera pública, que se enfrenta al mundo, al Estado: a unos regímenes políticos represores e incoherentes que le disgustan. En ese hombre ya vemos al ilustrado racional y al romántico pasional. Vemos al pensador que confía en la ciencia y al escritor que se vale de toda suerte de recursos literarios para persuadir, para difundir y para combatir. Vemos al estudioso de gabinete y al polemista de prensa. Vemos al filósofo del sistema,

del Sistema, y al intuitivo desordenado, al liberal frustrado y al futuro comunista, todo ardor. Vemos, en fin, al analista del capitalismo y al faro venidero del socialismo.

En Marx hallamos al enamorado de Jenny von Westphalen y al amigo de Friedrich Engels. Hallamos al poeta vocacional y mediocre y al lector inagotable y creativo, aquel que salta de un libro a otro con exaltación: páginas de Georg Wilhelm Friedrich Hegel, William Shakespeare, Heinrich Heine, David Ricardo, etcétera. Un largo etcétera, sí, de autores: y de metáforas y de figuras míticas con Prometeo a la cabeza. En Marx encontramos al tipo que examina con minucia lo concreto y al individuo que tipifica y describe, que establece y fija grandes abstracciones, aquel que se vale de instrumentos prestados y reelaborados para nombrar de nuevo modo al protagonista presente e histórico del mundo reciente: la burguesía.

En cierto sentido, Marx resulta admirable: tal es el titanismo prometeico que lo anima, su decidida voluntad de cambio, el empeño que pone en su esfuerzo intelectual. Pero Marx también es temible: él mismo es un exceso histórico que se sale de contexto, un individuo de escaso sentido práctico que frecuentemente está contra el sentido común, una genialidad dañada y soberbia, pues es la suya —y así la vive— una herida omnipotente.

En el *Manifiesto comunista* (1848), que Marx escribirá con Engels, hay ciencia y pensamiento, hay realismo, hay compendio de saberes ajenos, hay ideología y cosmovisión, hay fantasías de mucho vuelo y alta literatura. En el *Manifiesto*, ese panfleto de primer orden, hay prosa enérgica, metáforas sorprendentes, imágenes vívidas. Pero sobre todo lo que habrá es una guía para perplejos, para lectores que quieren explicarse su mundo. Durante más de un siglo, ese escrito será el esquema de muchos hombres, la síntesis de cómo funciona el mundo. Por su puesto, el Novecientos no se explica sólo con el *Manifiesto*, pues son numerosos y poderosos quienes se le oponen, son abundantísimos los analistas, los pensadores que proponen teorías alternativas o que, sin más, tratan cosas que ambos revolucionarios ni siquiera atisbaron.

Estar con Marx o contra Marx ha sido una de las claves del siglo XX, así como corregir, añadir y sugerir nuevas cuestiones que en el *Manifiesto* no figuraban ni podían figurar. Decía Marx en uno de sus textos que el ser humano únicamente se plantea los problemas que está en disposición de resolver tarde o temprano. Es así. Y no es así. Hay cuestiones que aún no hemos solucionado, que jamás solucionaremos y que, más vale, que no resolvamos.

Algunos de los problemas que Marx se planteó y quiso llevar a la práctica (y hasta solucionar) están en la revolución de 1917, el gran trastorno que condiciona todo el siglo XX y que nos queda ya muy lejano. Cien años después, aún nos sorprende, aturde o admira esa gesta violenta. La meta era descomunal

y el fracaso de la experiencia no ha sido menor. Pero en esa revolución y en el Marx que la inspiró hay un optimismo que también está presente en la obra y en la práctica de los grandes innovadores del Novecientos.

De algunos de esos grandes innovadores hemos tratado en este número de la revista. ¿De quiénes hablamos? De señoras y señores inquietos que sabían que estaban cambiando el orden de las cosas porque creían haber planteado nuevas preguntas que exigían respuesta. En ese mundo hemos crecido los que ahora somos adultos. Hay una realidad objetiva y objetivable, hay una superficie o apariencia y hay una intelección que hará posible las explicaciones y las comprensiones. El repaso que hemos hecho da cuenta de estas proezas, de algunas de estas preguntas y de algunos de los clásicos a los que aún tomamos como referentes, como interlocutores.

Pero el mundo ha cambiado y nuestra forma de abordarlo, también. Ahora, justamente ahora, estamos viviendo una revolución, la revolución de nuestro tiempo, de la que apenas intuimos los mecanismos y las consecuencias: un cambio de civilización, incluso. Hay días, en efecto, en que muchos tenemos la impresión de que el mundo es indescifrable, de que todo resulta oscuro. No sólo es un estado de ánimo baqueteado. Es la suma vertiginosa de los hechos y de sus múltiples y contradictorias interpretaciones: la propia dificultad de explicar esos hechos o de comprender los actos de manera congruente.

Es como si la actualidad –lo que aún está ocurriendo, lo que está en proceso– impidiera asimilar el acontecimiento, un acontecimiento que pronto es reemplazado por otro igualmente efímero e incomprensible. Es, por otra parte, la impresión de que todo puede acabar sin que ninguno de nosotros pueda hacer gran cosa, percibiendo, además, ese fin y nuestra impotencia. Desde luego, dicha impresión no tiene por qué ser exclusiva o particular y no tiene por qué estar causada por lo real, sino por lo que creemos que es real.

Imaginemos que tengo una máquina. Pongamos un automóvil. Imaginemos que sabemos accionar su maquinaria. Conducimos ufanos por la carretera, luciendo un coche de última generación con toda clase de extras. Imaginemos que se nos estropea una conexión o un chip o un rodamiento. Desde luego será un pequeño desastre, una catástrofe particular. Pero no por el posible accidente, sino por el desconcierto que nos provoca que las cosas no funcionen y que no sepamos por qué: cuál es la pregunta y, menos aún, la solución.

Por supuesto sabemos cómo hacer funcionar ciertas cosas, incluso ese automóvil hipotético: sabemos hacerlo marchar. Pero que no nos pregunten cómo funciona. Salvo el experto o cierta clase de expertos, nadie estará en disposición de responder. Pues bien, muchos tenemos la impresión de que de un tiempo a esta parte nos pasa eso cuando observamos la marcha del mundo. Sabemos accionar con pericia o torpeza sus muchos dispositivos y mecanismos, pero la

mayoría ignoramos cómo funcionan: cómo funcionan el mundo y sus cacharros o artefactos de toda clase. Necesitamos que nos digan cosas comprensibles que nos hagan creer que sabemos cómo funciona el mundo.

Eso es justamente lo que se propusieron Marx y Engels en el *Manifiesto*. Muchos se opusieron a esa radiografía del mundo, pero al menos había eso: un estado de cosas, una radiografía, un esquema. Ahora carecemos de esquema y creemos que no es posible tal esquema. Si no tenemos una pequeña certidumbre, la circunstancia en la que vivimos nos crea una sensación de ansiedad creciente. Un leve contratiempo (el del coche averiado, por ejemplo) nos desarbola, con una impresión de desamparo. De ignorancia.

“En la oscuridad de las siete de la mañana, el ordenador entró en un salvaje estado de completo desorden”, anota Enrique Vila-Matas en una página de su *Dietario voluble* (2008). “Un contratiempo terrible”, añade, “porque disponía yo de sólo tres horas para entregar unas páginas. Esperé a las ocho, cuando hubiera ya clareado, para llamar a un servicio técnico de urgencias”, prosigue Vila-Matas. “Tenía que terminar de escribir mi artículo sobre la inseguridad y la crisis de sentido en el mundo actual, pero si había algo realmente inseguro para mí en aquel momento era el ordenador. En cuanto al mundo, éste podía esperar”, apostilla Vila-Matas.

En efecto, el mundo siempre está a punto de acabar. Eso mismo le decía Guillermo de Baskerville a Adso en *El nombre de la rosa* (1980). Y añadía el monje: cuídate de los agoreros que predicen el desastre. Está bien. Es buena recomendación. En la Edad Media imaginada por Umberto Eco siempre habríamos podido refugiarnos en una abadía o en una pequeña aldea, alejados del mundo. Cierto. Pero el problema es que estamos ahora en una *sociedad de riesgo* de la que no es fácil escapar.

Sucede un cataclismo financiero y sólo con dificultad conseguimos saber qué nos está pasando. Y no sólo eso: qué es lo que nos puede pasar. Los economistas vaticinan retrospectivamente, dice el tópico. Y los historiadores anticipan el pasado, podríamos añadir. ¿Y los sociólogos? Pues los sociólogos hacen como que saben o enuncian lo que todos vemos.

Uno de los grandes sociólogos que adelantó lo que actualmente nos ocurre fue Ulric Beck cuando distinguía entre peligro y riesgo. Estamos en peligro cuando la máquina (el coche, el ordenador, etcétera) tiene una avería que se puede solucionar. Si arreglamos el desperfecto podremos prevenir futuros accidentes. ¿Pero qué pasa cuando la máquina produce efectos incontrolables? Que estamos en riesgo... Su marcha no depende sólo de ella, sino de un sistema cuyos factores no siempre pueden prevenirse. En esas estamos: dándonos cuenta de que no sabemos cuáles son los efectos de nuestras acciones. En un estado de desconfianza. Descreemos de las autoridades e instituciones tradicionales, que

se nos quedan obsoletas; desdeñamos el conocimiento de los expertos, que predicen lo que ya ha ocurrido o fracasan en sus profecías, etcétera.

¿Y la realidad? La realidad ha sufrido un descrédito que la hace fantasmal, inaprensible, incomprensible. Es más, a veces hasta suponemos que tal cosa ni siquiera existe. Si lo abstruso se nos muestra sencilla y emocionalmente; si lo que ocurre es lo que creemos que ocurre; si los hechos, tan frecuentemente inexplicables, se nos presentan de modo coherente y tribal... ¿Entonces?

Entonces entramos en el aturdimiento: la verdad será algo comunitario y no necesariamente demostrable, comprobable o verificable. No precisaremos autoridades con criterio y con crédito. Tampoco expertos con conocimiento y pruebas. Necesitaremos charlatanes que nos digan lo que queremos y precisamos oír, que nos hablen del coche averiado que pronto, milagrosamente, caminará aunque no lo sepamos accionar.

Y así podemos llegar a un escenario apocalíptico: ya no sería obligatorio formarse o informarse (como hizo Marx, por ejemplo). Bastará con creer y compartir dichas creencias para aliviar la incertidumbre. ¿Es así? ¿Así son las cosas? ¿Qué podemos decir ante ese orden que se nos antoja indescifrable, lleno de riesgos y emocionalmente inestable?

Relean este número de la revista. Regresaremos a un mundo reciente y aún explicable. El presente continuo se nos escapa y el porvenir no es nuestra materia.